

Vista de la Escalera principal del Real Monasterio de El Escorial, por Brambilla. Litografía de Asselineau.



El Rey Felipe II y El Escorial en la prosa extranjera dieciochesca

Por MARCELINO TOBAJAS

Los documentos que se utilizan en esta ocasión, algunos de los cuales fueron difundidos muy ampliamente, se publicaron en su mayor parte en el siglo XVIII, que es el de su nacimiento, y siglo que en opinión de Ortega y Gasset «es el menos español de nuestra Historia», juicio al que conviene agregar que no podía ser de otro modo; es el siglo de la Ilustración,

aquel en el que «todo es ardor, movimiento, utopía, esperanza, anhelo, violencia, lucha, locura, exceso, furor; el hombre que no se atrevía a nada, se atreve a todo y no retrocede ante nada... La sed de renovación devora a todos los espíritus»¹. Queda así explicado que se actúe de espaldas a la Verdad revelada y esto lleva a los hombres a considerar que es justa, legítima, el

ansia de lucro sin límites, tal ha precisado el sociólogo Max Weber; con el siglo ha comenzado la *Revolución Industrial*. Nuestros gobernantes, algunos llenos de ingenuidad ardorosa, emprenden la marcha por el camino de la imitación. Bernardo Ward pone de ejemplo al extranjero: «Sigamos sus planes, imitemos sus modelos, y yo os aseguro que será España la monarquía

más poderosa de toda Europa». No iba muy bien encaminado Ward, como se ha podido comprobar mucho después. Claro que esta imitación a ultranza que propone el irlandés no es del agrado de todos, así don Diego de Torres y Villarroel, viviente de aquella sociedad, exclama dolorido: «especialmente desde el principio de este siglo, que empezaron los españoles a gastar cabellos, pliegues y tacones, y con la elección del traje bebieron la lengua y las costumbres a los malos franceses», sin preocuparse de tomar nada bueno de ellos², y agrega don Diego: «entre las verduleras, panaderas, taberneros y otros comerciantes en lo comestible, cuclan y pasan algunas voces españolas», pero en el resto de las gentes de la Corte «no es metal corriente el de nuestras palabras; y se le tiene por contrabandista y defraudador al que introduce en las conversaciones o contratos el nativo idioma»; Torres termina con desaliento: «anda tan perdido el idioma castellano, que ni en la pluma ni en los labios se encuentra».

Así queda claro que la parte rectora de la sociedad ya no da su rostro al *aire imperial* que corría por España en tiempos del César Carlos y de su hijo Don Felipe II, y es que ahora sopla solamente un airecillo tramontano, impregnado de olores exóticos y carente de fuerza. Otro dato significativo está en la prensa española dieciochesca, orientada por completo hacia los *ilustrados*, porque cuanto se lee en el *Diario de los Literatos*, *El Pensador* y finalmente en *El Censor*, que son las publicaciones que encabezan los *papeles periódicos* del XVIII, es opuesto al caminar y al sentir de una España con personalidad propia, ya que en las páginas de esos *papeles* se trata de dar vida a una España hecha a imagen y semejanza de Francia o de Inglaterra³. Sumemos a ese intento —a veces son artículos inmisericordes, como la mayoría de los publicados en *El Censor*—, los ataques a la España tradicional que se pueden leer en más de una página de los libros escritos por extranjeros que nos visitaron. Así en la obra de Lantier, *Viaje a España del caballero San Gervasio*: «¡Por San Jorge, los españoles son unas gentes muy singulares! No me sorprende que los derrotemos en el mar, y nos apoderemos de todos sus santos metamorfoseados en barcos...», burla de la costumbre española de bautizar las naves con nombres de santos. En la misma obra Lantier pone en boca de otro personaje: «No me habléis de España; la he atravesado desde Cádiz hasta aquí: no he visto más que frailes, reliquias y andrajos...», sin que se transcriban otras frases que siguen.

Es muy conveniente leer las opiniones que sobre España dejaron escritas estos visitantes, y eso por adversas o venenosas que sean⁴. El comentario

que aquí se va a hacer se limitará a los juicios que merecieron El Escorial y su Fundador a tales viajeros. El número de esos juicios fue grande: «¡Qué otro viaje a España!, va a exclamar aquí un censor maligno o bromista; de todas partes nos vienen, ¡ya no se sabe a quien oír!», exclama el editor del *Viaje a España del caballero San Gervasio*, escrito hacia la segunda mitad del XVIII⁵.

Para las citas y comentarios que seguirán debe tenerse muy en cuenta que no se ha respetado el orden cronológico, y sí el que ha parecido más conveniente para el fin de este artículo: las afinidades de los autores en relación con Don Felipe II y El Escorial.

Con el propio siglo aparece en Amsterdam *Viajes hechos en diversos tiempos en España, en Portugal, en Alemania, en Francia y en otras partes*, libro anónimo publicado por el librero Jorge Gallet, quien advierte: «No se debe buscar aquí más que una narración sencilla e ingenua, sin otros adornos que los de la verdad». El autor, al referirse a El Escorial, afirma: «no ha visto España el que no ha visto esta casa». Le preocupa fundamentalmente lo suntuoso del Monasterio: «en efecto, esa casa es perfectamente bella y curiosa de ver. Nada hay tan soberbio». El Panteón Real goza de sus preferencias: «Confieso que la belleza de este lugar es un poco difícil de expresar: no dejaré de recoger lo que se me ha quedado en la memoria»⁶.

Otras referencias breves se encuentran en el *Viaje de Francia, de España, de Portugal y de Italia*, que escrito hacia 1730, no se publicó hasta el año 1770, tres años después de la muerte de su autor, el diplomático francés Esteban de Silhouette, quien según otro viajero, Peyron, «hizo su viaje en 1729 y en el espacio de tres meses». Silhouette era hombre de su siglo, y el viajero debe examinarlo todo en cada sitio, desde la religión hasta «el carácter de los diferentes príncipes y del de las diferentes Cortes». Ve El Escorial como «el más grande y el más soberbio edificio que haya en toda España y uno de los más hermosos de Europa». Después de ponerle reparos al emplazamiento se entrega a una descripción catalogal: «la iglesia es lo que hay de más notable; está construida, como el resto, muy sólidamente; es bella, aunque con algunos defectos». La riqueza de la sacristía le deslumbra... en cuanto se refiere a «oro, plata y pedrerías», y agrega seguidamente que «hay allí cuadros de los más excelentes maestros de Italia. Se ven otros varios en el convento». Ni una palabra para los maestros españoles cuyas obras colgaban de las paredes del Monasterio. Para Silhouette la biblioteca es «hermosísima, no solamente con relación a la belleza de la nave y de las pinturas, sino también al número y a la elección de los

libros», y agrega a continuación: «los frailes no hacen uso de ellos, son muy ignorantes, no conocen los tesoros que poseen...» estaban alojados perfectamente «mientras que el rey lo está muy mal». Termina la parte que dedica a El Escorial con este juicio: «en una palabra, es una masa hermosa de piedras que encierra grandes riquezas y está desprovista de diversiones; no hay allí otros jardines que algunas terrazas muy estrechas que reinan alrededor de una parte del edificio»⁷.

El tercer viajero, integrante de este grupo, es el inglés José Townshend, que para el barón de Bourgoing es algo precipitado en sus juicios y confía demasiado en la credulidad de quienes lean su obra. Pese a todo, el libro del inglés, que es el resultado del viaje que su autor efectuó por España en 1786, tuvo mucho éxito, hasta el extremo que el año 1809 apareció una traducción francesa, hecha por el ciudadano ginebrino, J. P. Pictet-Mallet, con el fin de que, dice Mercadal, «los invasores pudieran llevarlo en sus mochilas». No le gustó a Townshend la situación de El Escorial: «en un profundo encajamiento, al pie de las altas montañas que separan las dos Castillas, y al abrigo de todos los vientos, excepto del del Sudoeste». No hay más alusión a Don Felipe II que construyó el Monasterio «por obediencia a su padre Carlos V, con el fin de cumplir un voto hecho después de la batalla de San Quintín que ganó por la intercesión de San Lorenzo». Por otra parte, y a esto Townshend le da importancia suma, es que «ningún sitio puede ofrecer más goces que el convento del Escorial a un conocedor de la pintura. Se ven allí por todas partes las obras de los más grandes maestros y algunos de sus más admirados cuadros»; después de estas palabras, más de compromiso que de otra cosa, pues se limita a mencionar solamente al Ticiano, va —patriotismo antes que nada— a mencionar que el cuadro de Rafael llamado *La Perla* «perteneció a nuestro rey Carlos I, pero fue vendido por Cromwell, y adquirido por el embajador español por 2.000 libras (18.000 francos)...».

De estos tres viajeros quizá sea Townshend el que refleje más claramente la incompreensión manifiesta no ya hacia la grandeza de Felipe II y de su obra mejor, El Escorial, sino hacia una visión del mundo, visión que se ha de colocar por derecho propio en los caminos de la ascética católica. Tal falta de entendimiento creo que es apreciable en estas palabras: «El Escorial, considerado como residencia real es bien poco agradable; si estuviera colocado en una posición más baja y mejor abrigada, como Aranjuez, ofrecería una preciosa residencia en la primavera; o si estuviera elevado, vuelto hacia el Norte y cubierto por bosques frondosos, como San Ildefonso, podría ser

*El Censor, periódico político y literario,
conservado en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid.*

EL CENSOR, PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO.

TOMO I.º

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE ESTE PERIÓDICO,
CARRERA DE S. FRANCISCO, N.º 1.

1820.

EL CENSOR, PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO.

N.º 2.º
SABADO, 12 DE AGOSTO DE 1820.

SESIONES DE LAS CORTES

DESDE 10 HASTA 31 DE JULIO.

DESTINADAS las del 10 y 11 á la formación de comisiones y á la redacción del discurso de gracias que debia presentarse al Rey: empleadas las siguientes en oír las exposiciones hechas por los secretarios del despacho, recibir parabienes, expedientes remitidos por el gobierno y peticiones particulares; en escuchar proposiciones sueltas de varios señores diputados, decidir, si serian ó no admitidas á discusion, y remitir al examen de varias comisiones las que han parecido importantes; y no habiendose hecho aun ley alguna, ni dadas otras que algunos decretos sobre cuestiones aisladas ó de privado interés, poca materia pueden

un retiro delicioso en verano; pero expuesto, como está, a los rayos del sol de Mediodía, y situado cerca de las regiones cubiertas de una nieve eterna, sin abrigo y privado de umbrias, ese local no tiene encantos en ninguna estación del año»⁸.

Me ocuparé ahora de otros viajeros que no se detienen en el punto de los reparos, por el contrario, explotan la *leyenda negra*, base de todos sus ataques al *rey prudente*. El ya citado Lantier, una vez más pone el juicio ofensivo en boca de un inglés, ahora en forma de dicho jocoso sobre El Escorial: «... ese soberbio monumento había sido alzado por Felipe II, en conmemoración de la victoria de San Quintín, obtenida sobre los franceses y que él [el inglés] había respondido: *Está muy bien; pero tendréis* [sic en la edición] *que haberlo derribado después de la batalla de Rocroy*»⁹.

Nuevamente hace acto de presencia la obra del mayor inglés, Sir Hew Whitford Dalrymple, que vino a España en 1774 «por la sola curiosidad de ver Madrid», estaba de guarnición en Gibraltar, y una vez en nuestra capital

extendió su plan. Por lo que se refiere a El Escorial, el lugar «ofrece un aspecto más salvaje que agradable», pero reconoce: «me vi sorprendido de hallar una obra tan prodigiosa». La descripción del Monasterio es tan breve como imprecisa, que cierra con este párrafo que no requiere comentario: «Cuando se ven obras de una gran magnificencia nacional y los libres y generosos esfuerzos de las artes brillan con todo su resplandor en medio de un pueblo orgulloso y floreciente, un alma magnánima se siente invadida por un sentimiento agradable de admiración y de respeto; pero cuando el poder inmenso del despotismo pisotea y estruja a una nación para sacar con qué alimentar la extravagancia o el orgullo de un solo hombre, cuanto más enorme es ese montón de riquezas, más pesa sobre el corazón de un hombre de bien y esparce en él una profunda indignación contra la hidra»¹⁰.

Si Dalrymple se considera un *hombre de bien* y lanza este ataque de revés, el francés duque de San Simón, que viene a España en 1721 como embajador extraordinario, considera que,

cual nueva Némesis, debe fulminar sus rayos contra Don Felipe II. Llega el francés al Monasterio bien provisto de órdenes de Felipe V, del marqués de Grimaldo, del Nuncio que, dice, le permitirían «hacerme ver las maravillas de ese soberbio y prodigioso monasterio y abrirme todo lo que quisiera en él visitar»; nada más natural, pero a continuación se leen unas palabras sospechosas: «porque había sido bien advertido de que, sin la recomendación del nuncio, las del rey y su ministro y ni mi carácter me habrían servido de mucho». No es muy extenso en la descripción del Monasterio, formada por unas cuantas palabras huecas: «es un prodigio de edificio, de estructura, de toda especie de magnificencia esa casa, y el conjunto inmenso de riquezas que contiene en cuadros, en ornamentos, en cálices de toda especie, en pedrerías sembradas por todas partes...» del Panteón asegura: «me aterró por una especie de horror y de majestad». Y es que San Simón ha comenzado a descubrir la cortina de los horrores con unas palabras previas: «El Escorial está sobre un alto, al que se sube imperceptible-



*Vista del Patio de los Reyes del Real Monasterio de El Escorial,
por Brambilla. Litografía de Pic de Leopold.*

mente, desde donde se ven desiertos hasta perderse la vista por los tres lados». En su caminar hacia el núcleo del horror, sin darse cuenta que está fascinado por la personalidad de Don Felipe, San Simón pone todo su afán en conseguir que se le permitiera entrar en las habitaciones del Fundador, a lo que los frailes se negaban asegu-

rando, dice San Simón, «que no la abrían ni la abrirían jamás a nadie», y que si, efectivamente, Felipe V entró lo hizo «por fuerza y como amo, que les había amenazado con hacer romper las puertas...». No consiguió el embajador su propósito; ahora llega por fin al núcleo de su narración, para ello ha de volver nuevamente al Panteón y en él

al pudridero, que describe muy detenidamente para llegar hasta el lugar donde se encontraba «el féretro del infortunado Don Carlos». Aquí nuestro buen francés nos narra, con diálogo y todo, la escena que, dice, tuvo lugar con el fraile que sirvió de guía. Con sus palabras San Simón nos demuestra que sus conocimientos *históricos* se origina-



*Vista de la Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial,
por Brambilla. Litografía de Asselineau.*

ban en la *Apología*, de Guillermo de Orange, en los libelos infames que se derivaron de ella, y en las *Relaciones*, de Antonio Pérez, todo lo cual se confirma con las palabras que espetó al fraile, referentes a Don Carlos: «En cuanto a ése, bien se sabe por qué y de qué murió»; seguidamente el embajador-escritor monta una escena trucu-

lenta en la que el papel peor corresponde al fraile, que estaba irritadísimo, y agrega San Simón refiriéndose a Felipe V una vez más: «luego le dije que el rey, poco después de haber llegado a España había tenido la curiosidad de hacer abrir el féretro de Don Carlos, y que sabía de un hombre que allí estaba presente (era Louville) que había

encontrado su cabeza entre las piernas que Felipe II, su padre, le había hecho cortar en su prisión delante de él». Sigue narrando que «el fraile cebón» gritó lleno de furia que el príncipe Carlos «al parecer, lo había merecido, porque Felipe II obtuvo para ello el permiso del Papa». Y dicho esto, que era lo que deseaba, San Simón abrevia

la escena manifestando que «me contenté con reirme y con hacer una seña de callarse, como hice a los que estaban conmigo», en tanto que el fraile alababa la piedad y la justicia de Don Felipe y «el poder sin límites del Papa y la herejía de quien quiera que dudase que no pudiese ordenar, decidir y dispensar de todo. Tal es el fanatismo de los países de Inquisición, donde la ciencia es un crimen; la ignorancia y la estupidez, la primera virtud»¹¹.

San Simón se callaba indudablemente muchas cosas. Más de ciento cincuenta años después un historiador español, afecto al progresismo *templado*, don Modesto Lafuente, le da en las Cortes Españolas la réplica, aunque sea amparada en el *y tú más*. Decía don Modesto:

«Se cree que solo la España, y solo los monarcas españoles eran intolerantes en aquel tiempo. Pues yo puedo demostrar que Felipe II, tan absoluto como era y tan fanático como se le quiere hacer, era, como dijo muy bien mi digno amigo el ilustrado señor Heros, el menos intolerante de los monarcas existentes. Señores, se ha dicho, y es verdad, que Felipe II en el auto de fe de Valladolid en 1559 dijo aquellas célebres y funestas palabras: «y si mi hijo fuera hereje, yo mismo llevaría la leña para quemarlo».

Treinta años antes el Rey Francisco I de Francia, en una procesión solemne, y después de haber impuesto muchísimos castigos a herejes o protestantes, que entonces se llamaban de ambas maneras, dijo: «y si supiera que mis hijos estaban contaminados de herejía, yo los castigaría de muerte; y si supiera que una mano mía estaba contaminada, me la cortaría con la otra». Francisco I encendió casi tantas hogueras como pudo encender Felipe contra los protestantes».

Aunque pueda resultar excesivo, será conveniente transcribir algunas palabras más de las que pronunció aquel día don Modesto:

«Parece que se han olvidado también, señores, los edictos de Enrique II contra los herejes: parece que se han olvidado las infernales maniobras de Catalina de Médicis; parece que se han olvidado el asesinato de los Guisas, y la matanza de los hugonotes. Esto pasaba fuera de España; esto pasa en esas naciones que se dice que iban marchando entonces por la vía de la civilización. Y si de Francia pasamos a Inglaterra, ¿qué sucedía en aquel tiempo?»¹²; don Modesto no se muere la lengua y enumera las atrocidades que allí se cometieron, especialmente en tiempos de la reina Isabel. Pese a todo, la *leyenda negra* continuaba teniendo vigencia plena, ya por ignorancia, ya por temor al que dirán, ya por odio irracional hacia España. Se había encargado de alimentar tal hoguera otro de los

epígonos de Guillermo de Orange y de Antonio Pérez, el marqués de Langle, en su obra *Viaje de «Figaro» a España*, escrita en 1784, que mereció de Grimm el calificativo de «rapsodia de críticas y de sarcasmos sobre los usos y las costumbres de la nación española» —algo más que eso es— apoyada por lo que no se puede calificar por menos como un ataque salvaje, a cargo del editor en el *Aviso* que precede al texto; he aquí una muestra: «Cuando habla de Dios, de la religión, no es su religión la que ataca; son esas prácticas indecentes, esos abusos piadosos, ese fanatismo ciego, esa superstición imbécil de los españoles...». Langle, por su parte confunde, y no de pasada, la estatua ecuestre de Felipe IV, entonces en el Buen Retiro, con una inexistente de Felipe II; describe así a este último: «Ese Felipe es admirable, asusta; son las cejas, la frente, los ojos, la mirada de un malvado, de un tirano, de un monstruo; es él; lo veo; medita algún crimen, incuba, oculta algún resentimiento, algún complot, va a abrir la boca para ordenar un asesinato, para dictar al duque de Alba una sentencia de muerte». Y viene después, como era de esperar, el acusarlo de la muerte de su mujer, Doña Isabel, y de la de su hijo el Príncipe Carlos. Langle ignora las taras psíquicas que padecía el heredero de la corona de dos mundos, pero redobla su fantasía, si esto es posible, al referirse a El Escorial sobre cuyos tejados «se fijan y se detienen la nieve, las nubes, las nieblas, que el sol, desde hace doscientos años, se esfuerza inútilmente en atravesar, en deshacer, en fundir». Pero si todo lo citado retrata fielmente al autor y su visión de España, no son menos expresivas las notas a pie de página, de las que se toma como muestra la que habla del Panteón escorialense: «Capilla subterránea, sepultura sólo de los reyes, Vendôme, que puso a Felipe V sobre el trono, Pizarro que conquistó Méjico, y Cortés, están los tres enterrados en un agujero». Esto de jugar a capricho con la Historia de España es privativo de los extranjeros. En este caso las palabras de Langle no nos aclaran por qué recuerda a Cortés¹³.

Sin embargo, no todos los que escribieron sobre El Escorial y su Fundador lo hicieron llevados por el rencor desatado por Orange y Antonio Pérez, o se enlodaron en la frivolidad dieciochesca, tan contraria al verdadero espíritu español. Recordemos al diplomático francés Juan Francisco Peyron, autor de *Nuevo Viaje en España hecho en 1772 y 1773*; la primera edición, anónima, se publicó en Ginebra el año 1780. Peyron intenta aproximarse al espíritu de Don Felipe II y aleteo vital del Monasterio: «la fachada principal está al poniente, y no tiene para perspectiva más que una altísima montaña; es lo que quería expresar Felipe II cuando

decía que desde el pie de una montaña estéril, con una hoja de papel, mandaba a los dos hemisferios». Y es que Peyron no interpreta torcidamente ni el paisaje ni los objetos, de ahí que su descripción del Monasterio sea tan objetiva como extensa, pero ello no quiere decir que se muestre favorable a Don Felipe II¹⁴.

A finales del XVIII otro francés, el barón de Bourgoign, recorrió nuestra Patria, y como resultado de su viaje escribió: *Un paseo por España durante la Revolución Francesa*; en la segunda edición ya habla de los «prejuicios que alienta contra España el resto de Europa», y no es que él escriba a favor sino que, dice, había «residido algunos años y diferentes épocas» aquí; nos hace saber Bourgoing «sus prolongadas relaciones con casi todas las clases sociales de la nación española y haber estudiado su lengua y sus costumbres». Por lo que se refiere al Monasterio escribe en su obra: «este famoso edificio está situado a la otra parte de la cordillera límite de Castilla la Vieja. El emplazamiento elegido por Felipe II, en este lugar árido y escarpado pinta bien el carácter sombrío y austro que la Historia atribuye a este príncipe». El barón considera que el Monasterio, «su mole tiene algo de imponente» y aventura una interpretación que está más cerca de la verdad que las citadas anteriormente: «su arquitectura nada tiene de magnífico; más bien responde a la sencillez austera propia de un convento que al fausto pregonero de la residencia de un poderoso monarca». Y es que ningún extranjero quiso ver la verdad de El Escorial: fue concebido y realizado para que sirviera de tumba a los reyes de España siquiera en mínima parte, dinastía de la Casa de Austria, porque por las tierras españolas en otros muchos monasterios, las Huelgas, Poblet, Granada... se guardan los restos de los reyes españoles de antaño, esos restos que demuestran en su dispersión cómo se había ido formando la unidad española, esa unidad que como un símbolo se cierra en tierras meridionales, en las mismas tierras desde las que se había intentado destruir la unión lograda a finales del siglo VII.

No debo dejar sin mencionar ciertas palabras de Bourgoing por la importancia que encierran en orden al entendimiento del Monasterio: «al llegar la Corte el convento se transforma en palacio [...]. Parece que don Felipe II quiso hacer del monasterio un lugar de retiro en el que la grandeza soberana se ocultase a la sombra de los altares y se familiarizase con la proximidad de su tumba. Sus descendientes, ateniéndose a este propósito, se limitan aún a vivir en tan humilde retiro». Cabe preguntarse si estas últimas palabras estaban amparadas por un hecho cierto, creo que responden más a la buena vo-

Diario de los Literatos de España,
conservado en la Biblioteca
del Palacio Real de Madrid.

DIARIO DE LOS LITERATOS

DE ESPAÑA:
EN QUE SE REDUCEN A COMPENDIO
los Escritos de los Autores Españoles, y se
hace juicio de sus Obras, desde el año
MDCCXXXVII.

TOMO I.
CONTIENE LAS QUE SE HAN PUBLICADO
en los meses de Enero, Febrero, y Marzo.

DEDICADO
AL REY N. S.



En Madrid, por Antonio Marin, año 1737.

Portadilla del libro de la Historia
del Famoso Predicador
Fray Gerundio de Campazas,
alias Zotes.

Edición de 1804 que se conserva
en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid.

HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO
DE CAMPAZAS,
Alias ZOTES.

ESCRITA

POR EL LIC^{do}. DON FRANCISCO LOBON
de Salazar, Presbitero, Beneficiado de Preste en las
Villas de Aguilar, y de Villagarcía de Campos, Curá
en la Parroquia de San Pedro de esta, y Opositor á
Cátedras en la Universidad de la Ciudad de Valladolid.

QUIEN LA DEDICA AL PUBLICO.

TOMO PRIMERO.

CON PRIVILEGIO



EN MADRID:

En la Imprenta de D. GABRIEL RAMIREZ, Calle de
Atocha, frente del Convento de Trinitarios Calzados.
Año de 1804.

luntad de Bourgoing, del que se cita finalmente: «Quien lleve al Monasterio prejuicios contra los españoles en general y contra los frailes en particular, los verá disipados ante los jerónimos que lo habitan». ¡Cuan lejos quedan San Simón y Langle con sus escritos mucho más venenosos!¹⁵

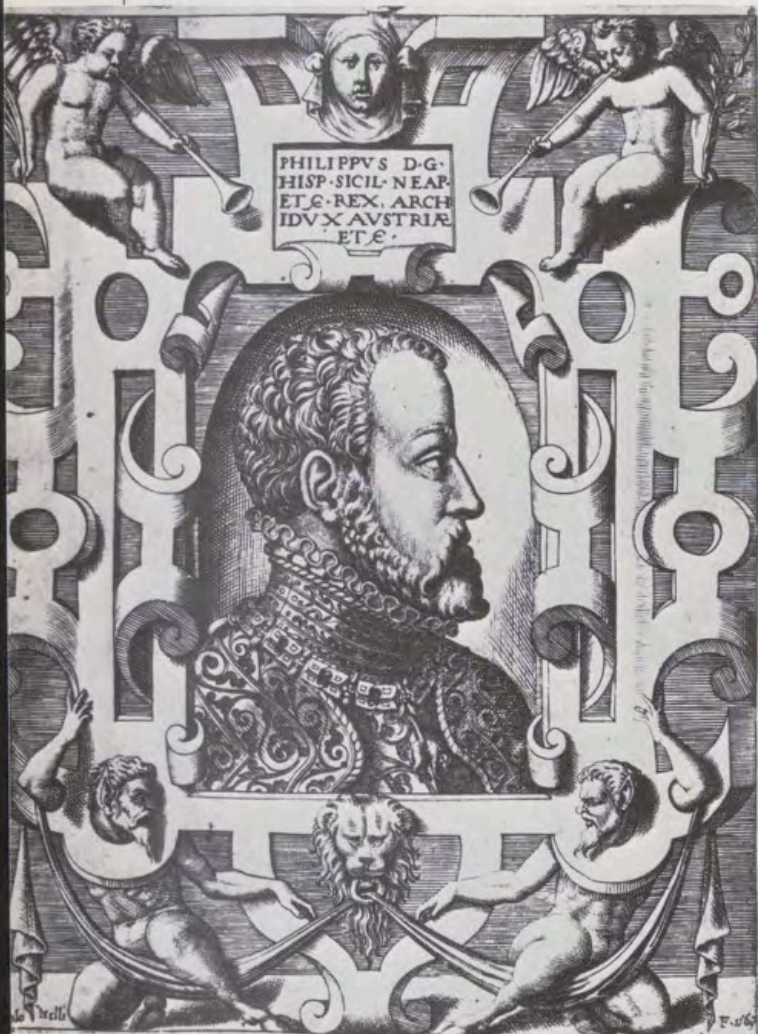
El año 1755 el padre Norberto Caino, lombardo, de la Congregación de San Jerónimo, publicó su *Viaje de España*, con el propósito de dejar las cosas en su punto, porque «cada uno tiene su manera de ver, de apreciar, de juzgar». Caino parece entender la obra de Don Felipe, a quien considera dotado de liberalidad: «ese gran monarca, que podía decirse el amo del mundo como más justo título que *Augusto*, atrajo por grandes recompensas a los más sabios maestros en todas las artes...».

Caino estudia detenidamente el Monasterio, primero en su exterior que califica de *simetría perfecta*. Viene luego la descripción del interior sin que falten las notas críticas, no siempre favorables: «lo que San Pedro de Roma es en grande, San Lorenzo del Escorial lo

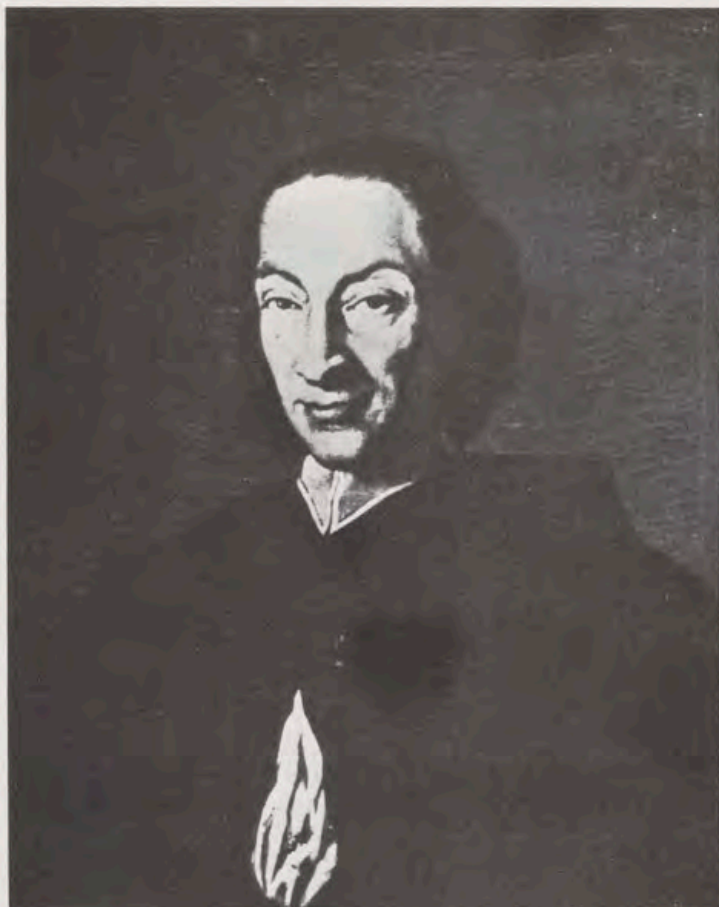
es en reducción, aunque desfigurado por muchos defectos que no existen en San Pedro», como la colocación del coro, «mal imaginada, mal combinada». La descripción del resto del Monasterio es detalladísima, sin que falten más notas críticas, ni otras que son atisbos hechos por una mente despierta que no se atiene al patrón creado; así debe recordarse la referencia a un predicador que ponía «tanto calor y arrebató que se le habría más bien tomado por un loco furioso que por un predicador», pero no se para en esto, sino que precisa las razones de su crítica hacia tal «gusto deplorable de mil predicadores que alcanzan la mayor boga en España». Lejos de El Escorial, desde donde escribe Caino, en un pueblito de Castilla, Villagarcía de Campos, otro religioso, jesuita éste, también escribe, se trata de un libro que llevará a la polémica su contenido: *Historia del famoso predicador, fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*. Tampoco se le escapa el cultivo de la música en el Monasterio: «la música, que es una de las cosas mejor entreténidas y mejor

acondicionadas de toda España». Las palabras que siguen hacen pensar inevitablemente en el padre Antonio Soler, que estaba en el Monasterio desde septiembre de 1752: «está compuesta de un número suficiente de voces y de instrumentos diversos. Todos los músicos son pasablemente buenos, y todos los frailes del monasterio, entre los que he oído a uno que con gran asombro mío tenía un talento singular para dar a su canto todas las satisfacciones posibles». Para Caino, el Panteón es «la parte más curiosa, sin contradicción de El Escorial, y que más le honra», sin embargo no se contenta y busca más allá de lo externo y suntuoso la verdad de esta capilla subterránea, que acaba considerando como «monumento de la piedad de la Casa de Austria, donde aguardan del Restaurador de la vida el día del Señor»; aún agregará nuestro viajero otras palabras escritas libremente y que merecen agradecimiento por justicieras: «Es la última residencia que Carlos V, el más grande de los Césares, había deseado para él y para los suyos. Felipe II, el más pru-

Grabado de Felipe II de perfil,
en cartela ornamentada,
por Nicolo Nelli. 1567
(Biblioteca del Palacio Real de Madrid).



Retrato
de Diego de Torres Villarroel.
Escuela granadina del siglo XVIII
(Biblioteca del Palacio Real de Madrid).



dente de los reyes, lo escogió para su sepultura»¹⁶.

Cuantas veces he ido a El Escorial, con el recuerdo de *el rey prudente* vienen a mi memoria unas estrofas de Juan Ramón Jiménez:

... Y yo me iré. Y se quedarán los
[pájaros
cantando.

Y se quedará mi huerto con su
[verde árbol
y con su pozo blanco.

Todas las tardes el cielo será
[azul y plácido,
y tocarán, como esta tarde están
[tocando,
las campanas del campanario.

El Viaje Definitivo es el título de la composición. Para ese viaje, para su viaje, se había ido preparando Don Felipe a lo largo de treinta y cinco años, día a día; por eso cuando lo ve inmediato da orden de partir de Madrid hacia el Monasterio, hacia su tumba según lo había querido, pero también hacia lo que fue en muchas ocasiones el corazón del Imperio Hispánico. No pue-

den ser por tanto las campanas recuerdo de una vida cualquiera, hasta de la de un poeta; estas campanas escurialenses llevan en sus bronce, cada vez que suenan, una parte irrepetible de la Historia del Mundo, que entonces hablaba español, esa historia que se logró cambiar prontamente.

No sé si las gentes visitantes entenderán todo el mensaje de historia que hay en las campanas escurialenses, en ese Monasterio que es también enterramiento de personas que tuvieron en vida responsabilidades grandísimas, a veces responsabilidades trágicas, que sólo la Historia y no el arte o el libelo está llamada a aclarar; en tanto, paz a los allí enterrados, paz que debe expresarse a través del tañido de las campanas y del bisbiseo de las oraciones.

NOTAS

¹ Philarète CHARLES, «Voyages d'un critique à travers la vie et les livres», citado por Juan Sarrailh en *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, pág. 11, F.C.E. México-Madrid-Buenos Aires, 1974.

² Diego de TORRES Y VILLARROEL, *Visiones y visitas de Torres con don Francisco de Quevedo*

por la Corte, Col. Clásicos Castellanos, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1966.

³ Marcelino TOBAJAS, *El Periodismo Español. Notas para su historia*, Forja, Madrid, 1984.

⁴ *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Recopilación, traducción, prólogo y notas por J. García Mercadal, tomo III, siglo XVIII. Aguilar, Madrid, 1962.

⁵ J. GARCÍA MERCADAL, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, tomo III, pág. 1078.

⁶ *Ibid.*, págs. 47, 67, 63, 64-65.

⁷ *Ibid.*, págs. 256 y 257.

⁸ *Ibid.*, págs. 1478-1479.

⁹ *Ibid.*, pág. 1263.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 669.

¹¹ *Ibid.*, págs. 331-333.

¹² «La Cuestión Religiosa. Observaciones sobre la discusión de la base segunda del proyecto de la nueva Ley Fundamental en las Cortes Constituyentes de 1854 por don Modesto Lafuente, diputado por León en las mismas e individuo de la Comisión de Constitución». Madrid, 1855. Establecimiento tipográfico de D.F. de P. Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8.

¹³ J. GARCÍA MERCADAL, *op. cit.*, págs. 1316-1322. Para la *Leyenda Negra* véanse: Julián JUDERÍAS, *La Leyenda Negra*, múltiples ediciones. P. Luis FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ DE RETANA, «España en tiempos de Felipe II (1556-1598)», 2.^a ed., tomo XIX de la *Historia de España* dirigida por Ramón Menéndez Pidal. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1966.

¹⁴ J. GARCÍA MERCADAL, *op. cit.*, pág. 860.

¹⁵ *Ibid.*, págs. 966, 967 y 970.

¹⁶ *Ibid.*, págs. 423, 424-425, 427, 438 y 429.